

## DEL DICHO AL HECHO

---

**N**o es casualidad que tengamos entre las manos —o ante los ojos, en la pantalla— un número de esta revista de estadística dedicado a la ética y la solidaridad. Tampoco es fortuito que comencemos el año con este tema sobre la mesa. Enero arranca siempre enérgico, con buenos propósitos, y termina renqueante en una cuesta. Así también vamos, como sociedades de grandes compromisos, con los valores más justos y los derechos más elementales, a medidas que ni estorben ni nos alteren demasiado la rutina. Sabemos que hay problemas graves, que hay desigualdad, pobreza y discriminación, incluso sabemos que tenemos una responsabilidad moral ante ello. A ratos, de la misma forma que descartamos —casi inconscientemente— hacer caso a las señales de la crisis ecológica en que chapotea-

mos, preferimos ignorar las dentelladas de la crisis social de nuestro entorno. Una de las razones que nos damos es que son problemas demasiado grandes, conectados unos con otros, y con multitud de ramificaciones que se nos escapan. En eso no nos equivocamos: las razones de la desigualdad en el seno de nuestra sociedad, por elegir un ejemplo sangrante, son muy complejas.

Precisamente para evitar llegar a conclusiones apresuradas, demasiado generales, o dejar por imposibles estos problemas, los indicadores estadísticos son un elemento fundamental. No sólo nos permiten conocer con más precisión cuál es la situación de una sociedad o el estado de un aspecto específico de ella, sino que además nos hacen profundizar en sus causas, sofisticando así nuestra comprensión de esa realidad compleja. En



las últimas décadas se ha producido un tremendo progreso en el campo de la estadística que ha afinado y desarrollado medidores que revelan una foto de la sociedad con distintas texturas. En ese sentido, baste decir que a nadie se le ocurriría hoy aferrarse al PIB, ese indicador que mide todo menos lo que hace que la vida valga la pena, como única referencia del bienestar de las sociedades. Desde 1968, cuando Robert Kennedy popularizó aquella frase, muchas cosas han cambiado en el ámbito de la estadística, que nos ofrece ahora un gran número de indicadores sociales y con ellos una imagen más real de las sociedades en que vivimos.

Pero no sólo se trata de ser capaces de entender los problemas que tenemos que afrontar, aunque ese sea un gran paso. Considerando específicamente algo tan difícil de medir como son los valores de una sociedad, el reto para la estadística es enorme. ¿Cómo valoramos la identidad moral?, ¿y el sentimiento de pertenencia?, ¿podemos evaluar el bienestar? Aquí dormita una de las preguntas añejas de la ética, la pregunta por la vida buena, por cómo podemos organizar nuestras sociedades para vivir bien. Ante la ausencia de un criterio objetivo que determine qué es eso de un bienestar que todos debemos alcanzar, quizá logremos una respuesta más satisfactoria atendiendo a aquello que nos impide disfrutar, en cualquier caso, de lo que entendemos por vivir bien.

Se ha elaborado mucho en este sentido y aunque hay distintas propuestas, hay suficiente acuerdo en torno a algunas básicas como la alimentación, la sanidad, la educación o el hogar. Pero no son las únicas. Tenemos hoy indicadores complejos que muestran cómo de influyente es en una sociedad tener altos niveles de tolerancia o atención a la vulnerabilidad, o la estrecha ligazón entre compromiso cívico y democracia, el impacto de la participación social en el aumento de la calidad de vida, la cercanía entre la desigualdad en el origen y la ruptura de la cohesión social, entre otros muchos factores. Varios estudios estadísticos, por ejemplo, recogen la importancia del voluntariado para una sociedad, así como el carácter imprescindible de la solidaridad intergeneracional. Quizá este último sea uno de esos temas que alguien con mucha pompa llamaría los temas de nuestro tiempo. Y no solamente en el sentido de la responsabilidad que tenemos con la población mayor en nuestras sociedades; sino también por la que tenemos con las generaciones futuras, entendiendo que el bienestar presente no debería dañar las posibilidades de bienestar futuro. Para

*La estadística supone una gran aportación a la ardua labor de empujar nuestras sociedades hacia la justicia y la posibilidad de una vida buena para la mayoría*

la estadística, y no sólo, se plantea así el desafío de ayudarnos a explorar los límites de nuestra comunidad moral. Quizá la amplitud de este reto sólo sea comparable a la urgencia que tenemos de lograrlo.

Además, la estadística ofrece un respaldo fáctico para muchas de nuestras intuiciones y afirmaciones generales sobre el bienestar o la solidaridad en nuestros países (y entre ellos). Es imprescindible, en todo caso, no convertir en un tótem los elementos numéricos y tener presente que en algunos casos los resultados son difícilmente comparables porque provienen de circunstancias variopintas, tal y como señala la OCDE en su recomendable trabajo *How's Life? 2015 Measuring Well-being*. Un ejemplo real es la identificación del nivel de compromiso en una sociedad con la participación electoral de su población, dada la facilidad para una comparación entre muchos países y la alta calidad de la información. Sin embargo, y siendo datos muy esclarecedores sobre todo en lo que respecta a la correlación entre participación electoral y nivel de renta, son muchos más los elementos que definen el compromiso cívico. Sin ir más lejos, basta con comprobar cuánto cambia lo que nos aporta ese indicador si hablamos de un país donde el voto es obligatorio y otro donde no lo es.

En definitiva, la estadística supone una gran aportación a la ardua labor de empujar nuestras sociedades hacia la justicia y la posibilidad de una vida buena para la mayoría. Nos ofrece datos sobre los que fundamentar tanto los análisis concretos de la situación en la que estamos como aquellos imprescindibles para orientar las políticas públicas y otras medidas sociales. La estadística, cuando se cruza con la preocupación radicalmente ética de la solidaridad, sirve de bastón y de seña. Muestra un cajón de herramientas incansables que nos permitirían ir cubriendo poco a poco ese gran trecho.

**Carmen Madorrán Ayerra**